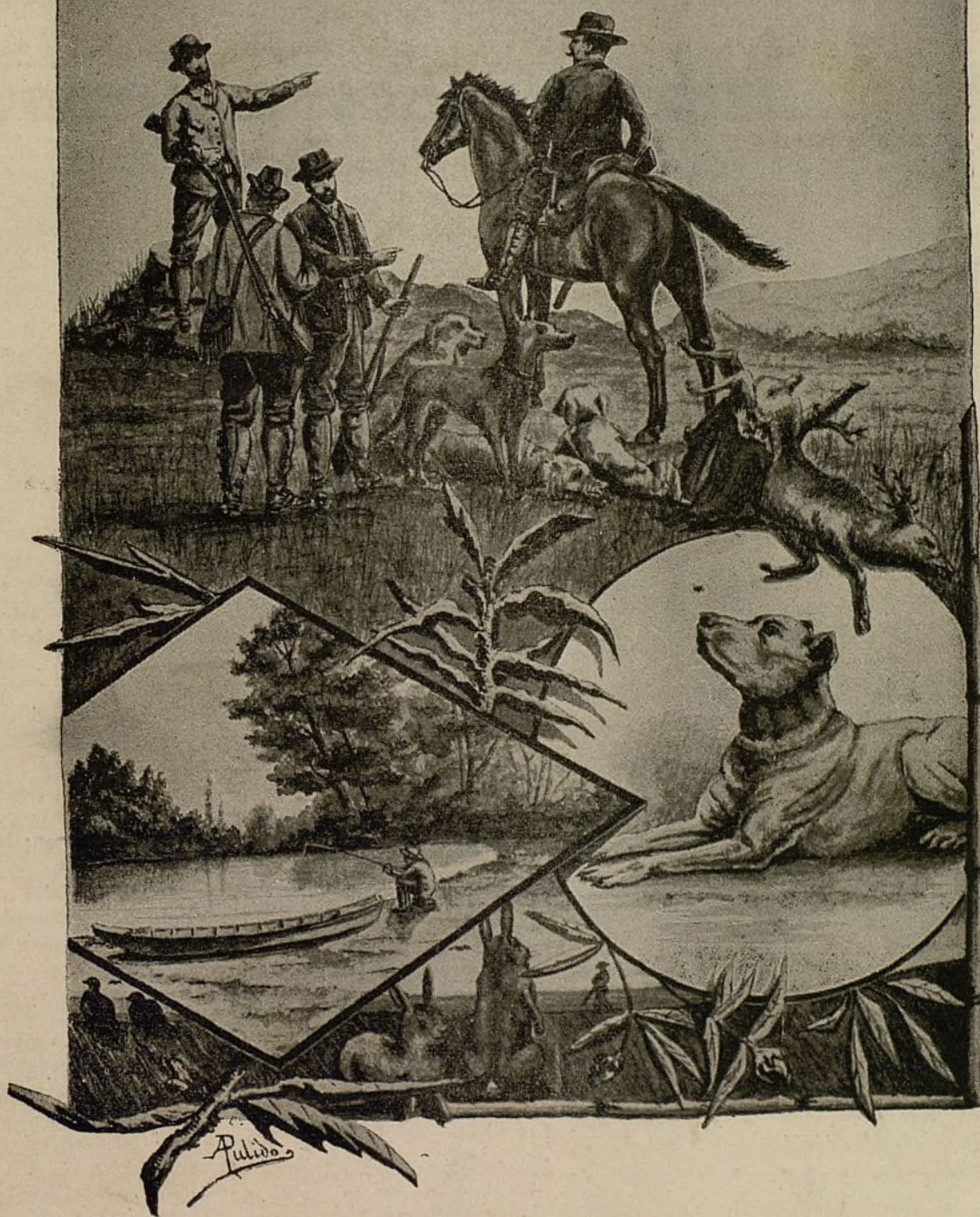


El Montero Extremeño



Director: D. Luis Romero de Tejada.

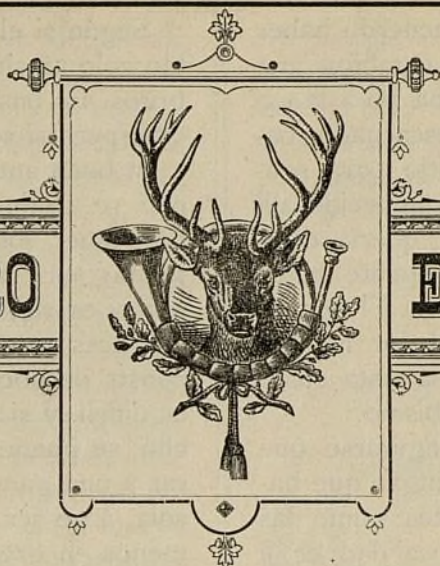
ADMINISTRACIÓN.

OBISPO Y ARCO, NÚMERO 3.

EL MONTERO

PERIÓDICO

DE CAZA, PESCA, AGRICULTURA Y SPORT.



Precios de Suscripción.

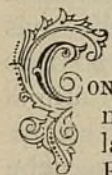
2 PESETAS TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA.

EXTREMEÑO

PROPIEDAD

DE LA SOCIEDAD MONTEROS DE EXTREMADURA

SE PUBLICA LOS DÍAS 15 Y 30 DE CADA MES.

D. Julio Fernández Jiménez.

ONOCEN ustedes á D. Julio Fernández Jiménez? ¿No? Pues entonces no conocen la figura más colosal en el arte de San Eustaquio que existe en la provincia de Cáceres.

Este intrépido cazador, de familia aristocrática, reúne todas las cualidades que son necesarias para practicar con fruto el nobilísimo ejercicio de la caza.

No le falta ni una sola.

Es de regular estatura, mirada dulce y expresiva, rubio, de modales elegantes, de agradabilísimo trato y de noble y generoso corazón. Es, en suma, un hombre tan simpático, que halla en todas partes amigos y admiradores.

Infatigable y siempre dispuesto á vencer los mayores obstáculos, saturado de una afición á la caza con nada comparable, lo mismo la ejecuta en las llanuras buscando la tímida liebre y la venturera perdiz, que en la escarpada sierra entre riscos y vericuetos persiguiendo al fiero jabalí y al ligerísimo venado.

El Sr. Fernández es un tirador notable y un inteligente de primera fuerza, cualidades que rara vez se hallan reunidas en una misma persona.

Necesitaríamos un libro para narrar las raras aventuras y los interesantes episodios que le han ocurrido en su vida de cazador. Entre las muchas que recordamos, daremos á conocer solamente una que le pinta de mano maestra.

En cierta ocasión estaba bañándose en el Tajo, en el sitio donde se encuentran los célebres Humbríos, cuando con gran sorpresa vió á un jabalí que bajaba precipitadamente la barrera en dirección al río, al que se arrojó con intención de atravesarlo.

Verlo nuestro bañista, salir del agua, cojer la escopeta, que nunca abandona, y descerrajarle dos tiros, fué obra de un minuto. Notó que lo había herido, y lo confirmó el que después de dejarse la fiera arrastrar bastante trecho por la

corriente, arribó á la opuesta orilla, en donde quedó escondido entre una espesa mata de madroño.

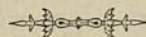
El cazador, en tan primitivo traje, puso otros cartuchos á su escopeta, arrojóse al agua, y atravesando á nado el río, fué á buscar al jabalí en su escondite. El animal furioso se tiró á él, pero quedó tendido sin vida de un certero balazo.

No siempre caza con la escopeta: le gusta también á la carrera, y para la de liebres posee la mejor perra galga que hay en la provincia.

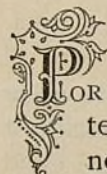
En conclusión diré, que todos los que conocen y tratan al Sr. Fernández tendrán muy gratos recuerdos suyos, como me sucede á mí que tengo la honra de contarle entre mis amigos.

PEDRO S. OCAÑA.

Salamanca Enero 96.

**Caza de la gamuza.**

(CONCLUSIÓN).



OR lo dicho se comprenderá fácilmente, que para salir del paso, es preciso no conocer el vértigo. De todos modos, se puede á veces uno encontrarse poseído de una especie de vértigo. Yo habré hecho sin duda doscientas cazas á las gamuzas, encontrándome á veces en situaciones que no quisiera volverme á ver jamás, y no puedo acordarme de haber experimentado el vértigo subiendo ó atravesando pendientes; en cambio, me ha sucedido esto varias veces, permaneciendo sentado horas enteras en puntos peligrosos y mirando continuamente hacia abajo. Entonces, lo mejor de todo es un trago de rom, cognac ú otro licor, pero también ayuda la vista de las ga-

muzas que se acercan. Me acuerdo haber experimentado uno de estos cambios una vez que en una montería estaba yo á la espera sobre un peñasco entre escarpado barranco, donde había apenas sitio para sentarme. Después de haber permanecido allí tres horas y sentido el vértigo, quería cambiarme de puesto, cuando de repente cinco gamuzas saltaron en un barranco. El vértigo me había ya pasado; maté un buen macho, y le seguí tranquilamente con la vista cuando cayó y se precipitó en el abismo.

Sin embargo, no hay que figurarse que las gamuzas y los cazadores tengan que bajar siempre por las pendientes como las moscas por las paredes. La localidad es á veces tan favorable que se obtiene la presa sin mucho arte y trabajo, especialmente en las batidas, cuando, por ejemplo, la rés pasa por un camino de los Alpes, ó por el fondo de un bosque, ó por el lecho de un valle. No hay ninguna caza en que las circunstancias sean tan variadas y tan variables.

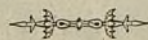
El matar un buen macho por sorpresa ofrece siempre sus dificultades; pero así como la casualidad echa á perder á menudo una sorpresa, algunas veces también la favorece. En los muchos caminos que recorren, disparan con frecuencia los cazadores cuando menos se lo piensan. El camino de estas sorpresas es á veces muy largo. Es preciso observar por la mañana temprano el regreso de las gamuzas desde un punto conveniente, y mirar donde se echa el macho, el cual acostumbra á ponerse sobre una roca saliente debajo de un tajo, desde donde disfruta de un buen golpe de vista. Así que se sabe donde se ha echado, es preciso alejarse del punto de observación, si es posible desapercibido, y esperar hasta que el sol esté tan alto que el viento sople hacia arriba; entonces se acerca uno al macho, á veces recorriendo largas distancias, se echa pronto sobre la roca debajo de la cual se halla la rés, tiene la carabina siempre á punto y dispara en esta posición; sin embargo, sucede á menudo que á pesar de hallarse uno en la roca conveniente, no puede verlo desde arriba, v. gr., si ésta es algo saliente. si hay una mata de pinos enanos, etc. Entonces se tiene que esperar hasta que el macho sale voluntariamente á pacer, ó bien se echan abajo piedrecitas para hacerle levantar. Sin embargo, muchas veces se hacen en vano marchas pesadas, no obstante toda la precaución.

Según si el venado abunda ó no, se matan solo machos ó también hembras y cabritos. Es bastante difícil reconocer al macho, pero si se tiene tiempo para observar y un buen anteojo, entonces es fácil. El macho se distingue fácilmente de la hembra por tener los cuernos más grandes y las puntas más encorvadas, y con más facilidad aún si es viejo. Si se llega bastante cerca, entonces se reconoce también la borla que consta de pocos pelos largos. En la batida es difícil, y si no se ha de matar sino un macho, se puede admitir como regla el disparar á una gamuza robusta que se presenta sola, á no ser que los cuernos delgados y menos encorvados den claramente á conocer que es una hembra, pues todo lo más se mata entonces á una gamuza vieja y estéril, lo que no es un gran perjuicio. Pero si se presenta una manada, se debe apuntar á las últimas, guiándose por el cuello más grueso y más corto y por el cuerpo más comprimido, que caracteriza también al macho; sin embargo, para no engañarse es preciso tener una vista ejercitada. No se debe precipitar el tiro, y si las gamuzas huyen y no hay esperanza de volverlas á ver, entonces vale más tirar. Se ha de aprovechar también además de esto, el momento en que paran, lo que sucede con frecuencia, y puede también obtenerse por medio de un silbido ó de un grito. Si se conocen sus costumbres y su carácter y se ha observado bien el lugar, entonces casi se puede determinar con seguridad el sitio donde se paran; de modo que mientras llegan, puede ya dirigirse la carabina hacia aquel punto, apuntar bien y esperarlas.

El modo como se acercan las gamuzas al cazador en las batidas es muy variado y ofrece mil clases de espectáculos, pues recorren de mil maneras las pendientes, los barrancos y los precipicios. Si oyen el lejano ruido de los monteros y su morada no está muy baja, suben á veces confiadamente á un alto peñasco, y allí permanecen media hora ó más antes de ir más lejos, volviéndose con frecuencia hacia la montería; pero si se les presenta de repente un montero, entonces corren con increíble celeridad cuesta abajo y desaparecen en el barranco para reaparecer luego en un filo de la arista. En los escarpados repechos emprende la manada casi siempre el mismo camino, con tal que no le hayan disparado; saltan una tras otra por encima de una grieta, y algu-

na vez descienden en zig-zag sin detenerse. Les gusta ocultarse en las matas de pinos enanos, y es casi incomprensible la rapidez con que se deslizan por entre las enredadas ramas y troncos. Si el viento es bueno, es fácil perseguirlas, siendo lo principal, sin embargo, que vean al montero; se las obliga á levantarse si están cerca, tirándoles piedras; pero saben muy bien si éstas pueden ó no hacerles daño, y á veces hacen poco caso; v. gr., si están á cubierto debajo de una roca saliente, permanecen tranquilamente, á pesar de la lluvia de pedradas que les tiran desde arriba. Si el tiempo está nublado, no es posible la caza, sino cuando hay muchos monteros y pueden presentarse en fila cerrada. Las aristas roquizas presentan ciertos barrancos y caminos que frecuentan las gamuzas con gusto. Si escalan dichos puntos y se halla arriba el cazador, es fácil matarlas. Hay lugares donde se presentan las manadas, y otros donde no aparece sino el macho robusto. En ciertas circunstancias puede uno estar tan seguro de esto como de una buena pista de zorro. Por lo demás, son los machos viejos muy astutos, y he visto á más de uno subir por un barranco, mientras el montero bajaba por el otro inmediato, gritando y silbando á más no poder. Algunas veces se ocultan las gamuzas de tal modo, que no se levantan sino á pocos pasos del montero. Si el viento es malo, no hay quien las levante. Cuando se acerca un rebaño, se puede muchas veces tener el gusto de observar cuán grande es la ligereza de las gamuzas, pues el grupo principal deja el cuidado á la hembra joven que sirve de guía, y si ésta se para á fin de escuchar y espiar lo que han de hacer, se pelean las demás, á no ser que la montería se les haya acercado demasiado. Respecto á la distancia, y sobre todo, por encima de un barranco, es fácil engañarse en mucho, y por lo mismo se yerran bastantes gamuzas. Puede servir de regla, que cuando ya no se distinguen los cuernos es mayor la distancia. El mejor tiro es naturalmente el de escopeta; sin embargo, á veces se ponen también á tiro de carabina. La gamuza herida de este modo se echa pronto, pero si se vé perseguida de nuevo ó se le azuza el perro, entonces continúa su fuga y sube la mayor parte de las veces á un tajo donde no puede seguirla el perro; entonces uno se acerca y la hace bajar de un tiro. En las montañas más escarpadas no se puede utilizar al pe-

rro porque se caería; sin embargo, se encuentra, por regla general, la pista roja sobre las piedras grises. A veces le es imposible al cazador llegar hasta el sitio donde la gamuza ha perecido; hay que abandonarla y así se pierde.»



Crónica de caza y pesca.



R. director de EL MONTERO EXTREMEÑO.

Muy señor mío y distinguido amigo; El día 26 del corriente, invitados por D. Guillermo Jiménez para montar en la Alhondiguilla, nos reunimos en dicha finca, situada á dos leguas de esta capital, 17 amigos.

Llegamos al sitio de reunión á las nueve de la mañana, unos en coche y otros á caballo, encontrándonos allí al batidor con la rehala del excellentísimo Sr. D. Ricardo Belmonte y Cárdenas, marqués de Santa Rosa, y al ponedor Pedro Mesones.

A las diez de la mañana ya estaban puestas las armadas, y entraron los perros por la Mesa de la Ermita, como en la montería anterior, en cuya Mesa encontraron tres cochinas, que viniendo á entrar en la mancha de San Agustín, que se pensaba batir, atravesaron una de las armadas. Tiró D. José Aguilar una en regulares condiciones, sin resultado. Este señor se retiró de su paso no sé con qué pretexto, y pasó otra res pisándole el catrecillo, lo que debe servirle de lección para que cuando vaya á montar no abandone su puesto.

A D. Eduardo Loaisa le pasaron dos, que sorprendiéndolo no pudo tirarlas.

El ponedor Pedro Mesones tiró una *comadre* que también se marchó con el jopo tieso, y después de correr los perros siete ú ocho reses á larguísimas distancias, y volver á entrar en la mancha por donde habían entrado los perros, y siendo la una y cuarto del día, le contaré á usted sinceramente lo que ocurrió en la armada de retanca ó de los puntilleros, como ya dije en otra ocasión.

Cuando cansados de estar más de cuatro horas á media legua de la primer armada, sin oír perros, caracol ni tiros, nos disponíamos á marcharnos hacia la casa, ya quitados los cartuchos y hablando unos con otros de paso á paso, porque estábamos muy cerca, nos dijo D. Antonio Guerrero, que estaba en una altura delante de nosotros, que nos esperáramos un poco, que sentía, aunque lejos, que los perros estaban detrás de alguna res.

Así lo hicimos; y habría pasado como un cuarto de hora cuando siento un leve rumor en lo alto del cerro que tenía delante, y volviéndome

todo oídos, percibo pisadas muy lentas pareciéndome ver algo oscuro á la vislumbre del sol entre las matas.

Cojo la escopeta, meto los cartuchos y me preparo para lo que pudiera ser; y ¿sabe usted lo que ví clara y distintamente á 25 pasos? Pues



un cochino cauteloso que escurriéndose de los perros había atravesado la armada que teníamos delante sin que nadie lo viese.

Siguió bajando muy despacio y parándose de vez en cuando, y antes de salir á lo claro á unos 15 pasos, me eché la escopeta á la cara con intención de jugarle una mala pasada, siguió bajando muy despacio ya todo descubierto por la orilla del monte y derecho á mí, y cuando ya alcanzaría el fogonazo á su frente y bien apuntado disparé, pero ¡oh fatalidad! faltó el cartucho y el cochino dió una huida hacia la izquierda; le disparo el otro tiro y cae á tierra; se levanta, y á los tres ó cuatro pasos vuelve á caer meneando mucho la cabeza de un lado á otro y se vuelve á levantar, y atropellando matas entró por un monte fuerte, donde el compañero que había á mi izquierda, que estábamos cerca, le disparó dos tiros sin ver más que el movimiento del monte, y no hemos vuelto á saber de él.

Nos reunimos allí tres, y del reconocimiento resultó que le había dado un calentón en la nuca, y por eso el cochino caía como atolondrado; y las cerdas que se encontraron en el tiro eran de las que tienen en el cogote, detrás de las orejas.

En toda mi vida he tirado una rés en mejores condiciones, ni creo que se me vuelva á presentar. Los montadores veteranos son los que podrán apreciar imparcialmente este lance, pues los novicios que han visto poco, le llamarán chambonada.

Después del primer disparo que falta, y cuando uno cree ver rodar la rés, fiado en lo bien apuntado y en su sangre fría, es tal el desencanto, que en vez de tirarle otro tiro, debía uno tirarle la escopeta.

Los compañeros de expedición y otros que no concurren, me han dicho cuanto han querido, y me consta que por detrás de mí dicen mal; pero la envidia nos lleva frecuentemente á ciertos desahogos.

Han querido algunos guasones que en la reseña hiciera versitos alusivos; para versitos estoy yo, pues la musa que debía inspirarme se fué tras el cochino.

RAFAEL DE ROJAS Y VIVAS.

Córdoba 29 Enero 1896.

No se apure por tan poca cosa el buen amigo Rojas.

¡Desgraciado quien no tiene émulos!

A mí también me califican de chambón, y aunque verdaderamente en muchas ocasiones no

ván descaminados, en otras abultan mis yerros más de lo justo; pero amigo, hay que resignarse y convenir en que con frecuencia *fracasamos*, como ahora se dice.

Lo peor de todo es que los que más se ensañan con nosotros, ya casi decadentes, son los novatos que no saben por donde se coje una escopeta.

Yo ya me he acostumbrado tanto á sus críticas, que cuando las oigo se me viene á las mientes, y algunas veces á los labios, aquel verso del Dante (no de Petrarca), que hizo célebre una sesión del Congreso de los Diputados allá por el año 63.

Non ragionar di lor, ma guarda é passa.

Leo en *El Partido Liberal*, de Cáceres:

«Regresaron los expedicionarios de Valdelacasa muy satisfechos de su excursión.

Han muerto diez reses de cerda, entre ellas algunos hermosos ejemplares, siendo los afortunados, de las escopetas *blancas*, los Sres. González Borreguero (D. Luís) y La Riva (D. Juan).

Los perros, por su propia cuenta, agarraron á cuatro, y las escopetas *negras* no la dieron mala de las otras cuatro.

Como recuerdo de esta expedición hay quien se ha traído las muelas de una fiera.

¡Bravo por el aguerrido Giraud!

Del lobo un pelo, amigo

D. Miguel Galán tiene en El Moro un bonito coto de conejos y perdices. Pero aquella sierra es



el refugio de todas las zorras de la provincia, y los pobres conejos han tenido que agruparse en las inmediaciones de la casa para poder vivir relativamente tranquilos. Así es que á medio kilómetro del cortijo no se vé ni uno, cuando materialmente hormigean á pocos pasos de él.

Para quitarse de encima algunos de aquellos parásitos, D. Miguel llamó á 12 ó 14 cazadores de Mirandilla, que batieron la sierra, dando muerte á cuatro zorras y dejando escapar diez ó doce.

Por la tarde llegaron los expedicionarios á un gran canchal, poblado de aquellos animales, y allí empezó su faena el perro más famoso que yo he visto para batallas subterráneas.

No ha habido tiempo de que mi amigo Daniel haga una fotografía de este célebre can, para que vosotros, lectores queridos, os recreáseis en la contemplación de la estampa más rara que os podeis imaginar; pero todo se andará, y el día menos pensado os doy una sorpresa.

El que sea siquiera mediano cazador de zorras, dirá que es un soberano disparate rodear la cueva mucha gente moviéndose, hablando y haciendo ruido, y sobre todo llevar 15 ó 20 perros grandes que ocupan todas las bocas y no dejan salir á la alimaña. Pues todo esto hicieron los

cazadores de Mirandilla, y sin embargo, el Currillo (que así se llama mi perro, mío, literariamente considerado), hizo salir más que de prisa dos magníficas zorras que fueron *in continenti* fusiladas.

Ahora que vengan aquí los extranjeros echando fanfarrias con sus *bassets*, sus *foxterriers*, sus *darrshunds* y cuantos perritacos nos mandan acá, costándonos un ojo de la cara.

Tres días después fui yo á *espigar* por aquellos campos con mi anciana *Chata*, terror que fué de



bichos malos, de rata arriba. Varios amigos de Mirandilla, y los hijos de D. Miguel Galán me acompañaron. Aquéllos llevaron al veterano Currillo, con objeto de que luciese sus habilidades ante la señora *Chata*, y conquistar su afecto con ulteriores miras.

La *Chata* olisqueó en una cueva hecha debajo de una roca enorme, y empezó á ladrar desesperadamente; acudió Currillo en su auxilio, y allá los dos dieron la gran lata á un arisco tejón que dormía en aquellas profundidades. Pero como llevábamos muchos perros que ladraban en las puertas, el habitante de la caverna se aculó en un rincón y dijo que no salía.

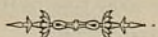
La *Chata*, pasado un gran rato se echó fuera con un mordisco en un ojo, y Currillo siguió ladrando tres horas más, hasta que lo sentimos que se había entallado y no podía salir.

Entonces, con palos y con las uñas nos pusimos á escarbar, logrando después de inauditos esfuerzos sacarle medio aplastado y con el hocico destrozado por los dientes del tejón.

Hubo que sujetarle, porque todavía quería entrar.

Y terminó esta cacería

Para mí con desazón
por no matar al tejón.



Legalidad de la ley de caza.

Alla van leyes....

Sí; allá van leyes, pero no do quieren reyes; eso ya pasó, sino do quieren aquellos que legislan más de acuerdo con sus aficiones que con los intereses que debieran amparar, á veces en oposición á los del legislador.

Nada demuestra el anterior aserto de manera tan clara como la mal llamada ley de caza. Hecha para favorecer los intereses de grandes propietarios y gentes de desahogada posición, está tan llena de enormidades, que su cumplimiento interesa más al ramo de Hacienda que á los de Gobernación y Fomento.

No importa que la riqueza que envuelve la caza y el derecho que en ella debe ampararse quede mejor ó peor parados; lo interesante es que el fisco recaude lo más posible por «licencias de caza», y por consiguiente el ministro de Hacen-

da es el que exige el cumplimiento de la referida ley. Por sus gestiones y las de la empresa á cuyo cargo está la venta de efectos timbrados, iníciase la persecución de los cazadores, y sufren las iras de la Guardia civil los que cometen el enorme delito de matar un conejo ó esperar una perdiz.

Y la ley de caza está escrita con verdadero *sentido práctico* y sobre todo con atinada base de moralidad.

Un delito común, de esos que degradan á un hombre ante la sociedad en que vive, se espía con un día de cárcel por cada cinco pesetas de multa; pero los cazadores son más criminales que el que roba, injuria ó estafa, y habrán de pagar en prisión, si no tienen dinero, á razón de medio duro por día de cárcel.

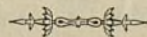
¿Quién puede, pues, cazar? El rico á quien hace poca mella pagar seis duros por una licencia, y el *ropa suelta*, que si en momentos dados no puede esquivar la persecución de la benemérita, irá á la cárcel una vez más y asunto terminado. El hombre honrado y pobre que pospone todos sus gustos al cumplimiento de la ley y á la satisfacción de la propia conciencia, no puede cazar ni en la forma del potentado ni en la de los *descamisados*. Ellos formarán la clase cuya existencia se consume en el trabajo de gabinete y en quienes la higiene pide una compensación en la vida del campo; la higiene cuesta *seis duros*, y sin ellos no se permite divertirse.

La Guardia civil cumple su deber, violento en este caso, pero deber al fin, de perseguir á todo el que caza sin los requisitos legales. Aplaudimos sin reserva el celo que pone la benemérita en el cumplimiento de todas las leyes cuya guarda se le encomienda.

Al mismo tiempo que vemos á tan respetado instituto amparando las prescripciones de la ley de caza por iniciativa del ministro de Hacienda, deseáramos que el de Gobernación ordenara á su vez que se persiguiera con todo rigor á los que la extinguen por medio de lazos, cepos, etc.

La consecuencia pide que si se desean *ingresos* por cazar, se conserve la caza.

Esta es nuestra opinión, expuesta con la llaneza que acostumbramos poner en todas las cuestiones que discutimos.



Sección de noticias.

El aereolito que cayó en Madrid el día 10 del corriente, y que tantos sustos ocasionó en aquella población, fué visto por varias personas en Mérida. Creyeron algunas que había caído en la sierra del Moro, distante 18 kilómetros de esta ciudad.

Lo aseguraban de tal modo y daban detalles tan minuciosos, que ya se disponían algunos curiosos para salir en su busca, cuando se recibieron noticias de que había caído en Madrid.

En unas 80 leguas nada más se equivocaron los que lo daban en la sierra del Moro.

* * *

Con frecuencia recibimos reclamaciones de nuestros suscriptores, á cuyo poder no llegan muchos de los números de nuestro periódico.

Cansados estamos de quejarnos nosotros también, sin que desgraciadamente consigamos ser atendidos. Los periódicos del cambio nos faltan con mucha frecuencia. Especialmente de nuestro estimado colega *El Cazador de la Habana*, llega á nuestras manos un número cada semestre.

No nos extrañaría esto dado el actual estado de cosas allí (aunque todavía los mambises no han interrumpido la navegación entre Cuba y España), si antes de la guerra no hubiera sucedido la propio.

* *

Crónica del Sport.

Esta interesante ilustración, única de su género en España y que cada día es más justamente apreciada por el público ilustrado, por lo selecto de sus trabajos, contiene en su primer número del cuarto año en que entra su publicación, trabajos verdaderamente notables.

Hé aquí el sumario correspondiente á dicho número, que acabamos de recibir:

Texto: La actualidad, por Rafael Altamira.—El perro «Terrible», por Antonio Covarsí.—Sport, por Carlos Frontaura.—Notabilidades del deporte: *El vizconde de Garci-Grande*, por Eduardo Alvarez.—Las setas venenosas, por Krieg.—Adelantos del ciclismo, por Alonso Zuazo.—Football, por el marqués de Santa Susana.—Arboricultura: *Perras de San Francisco*, por Laffite.—La gimnástica, por D. F. M.—Notas teatrales, por Raguer.—Nuestros grabados.—Notas de sport: Caza, Pesca fluvial, Velocipedia, Hípicas, Patines, Avicultura, Tauromaquia, Atlético, Esgrima, Agricultura, Colombofilla y Pelotarismo, por Ricardo.—Los cazadores de Madrid, por Adelardo Ortiz de Pinedo.—Anuncios.

Ilustraciones: Esperando, cuadro de Luis Alvarez.—El vizconde de Garci-Grande (de fotografía), autotipia de Angerer y Göschl.—Entre dos campos, apunte del natural.—Llamando á la cobra, dibujo de F. Deiker.—Un moderno orfeo, cuadro de H. Fisher.—Historia del velocipedismo, historieta de René Bull.

Cubierta: Sociedad de Tiro de Pichón de Madrid: Tiradas de la quincena.—Acuerdos y nombramientos.—Ajedrez: Problema número 1.—Sin gutapercha.—Correspondencia.—Anuncios.

La administración Olmo, 4, Madrid, remite un número de muestra, gratis, á quien lo solicite.

* *

En estos momentos se está terminando una montería improvisada en el coto de las Herreñas, de los Sres. Pacheco.

Hace más de dos meses que no se caza en aquel terreno, y hay motivos para creer que si los expedicionarios no se divierten, no será por falta de reses.

Así lo deseamos de todas veras, tanto porque los amigos que á ella concurren no pierdan el tiempo, cuanto porque nos den ocasión de hacer una interesante crónica en el próximo número.

* *

El amigo que nos remite una interesante reseña de las pescas con cañas en el puente sobre el



Guadiana, de esta ciudad, nos dispensará que no la publiquemos en este número. Pásele por esta redacción y convendremos la forma en que debe expresar algunos conceptos, para que no se dé alguien por aludido y le sirva de molestia.



Curiosidades.

Modo de hacer impermeable el calzado.

Se mezcla y hace cocer en un puchero 125 gramos de cera amarilla, igual cantidad de sebo de carnero, 5 gramos de resina, y medio litro de acaite de clavellinas. Cuando la mezcla está aún templada, se extiende con una brocha ó pincel, ó sencillamente con una muñeca de lienzo, una capa bastante espesa sobre el calzado, que ha de estar perfectamente seco en el momento de la operación.

Otro.

Se mezcla y se derriten á la vez 250 gramos de sebo de vaca en rama, 60 gramos de manteca de puerco, y 30 gramos de cada una de las siguientes sustancias:

Aceite de trementina, cera amarilla y aceite de oliva. Esta composición se emplea lo mismo que la anterior. Se extiende sobre el calzado, que se habrá tenido un momento y de lejos á un fuego lento, y se frota con aquélla fuertemente el cuero, para que la grasa al penetrar le vuelva á un tiempo impermeable y flexible.

Esta composición se conserva bien en un puchero de barro ó de loza sin alterarse; pero como se endurece, es necesario derretirla cada vez que quiera usarse. Los dos procedimientos indicados convienen á los cazadores.

Otro.

El siguiente procedimiento puede aplicarse á toda especie de calzado ordinario ó fino, tanto de hombre como de mujer.

Se derrite en un puchero vidriado, cerca del fuego, cierta cantidad de brea buena, añadiendo un poco de goma elástica, cortada en pastillas delgadas y reblandecida de antemano al calor del vapor de agua caliente. Se menea la mezcla con una cuchara de madera, y cuando la goma está perfectamente disuelta, se aplica por medio de un pincel una capa de esta mezcla aún caliente sobre la primera suela del calzado, que se tendrá á la lumbre. Se unta desde luego la costura, cuidando de dejar á lo largo de la orilla un pequeño espacio bien cubierto; después se unta toda la superficie, y se renueva esta operación hasta que la capa tenga casi el espesor de dos naipes. Entonces se deja secar el calzado.

Mérida: Tip. de Plano y Corchero.

Sección de Anuncios.

EN GETAFE

Fábrica de Cápsulas y Efectos de Caza

DE

JESÚS ARAMBURU Y SILVA.

COMISIÓN Y EXPORTACIÓN.

CASA FUNDADA EN 1870.

REPRESENTANTE EXCLUSIVO EN ESPAÑA DE LOS SRES.

ELEY BROTHERS Limited, de LONDRES,

FABRICANTES DE CARTUCHOS DE CAZA

DE

PIGOU, WILKS & LAURENCE, DE LONDRES.

FABRICANTES DE PÓLVORAS.

JULIO BELORGEY, DE PARÍS,

FABRICANTE DE REBORDEADORES, EXTRACTORES, BAQUETAS, GRATAS, ETC., ETC.

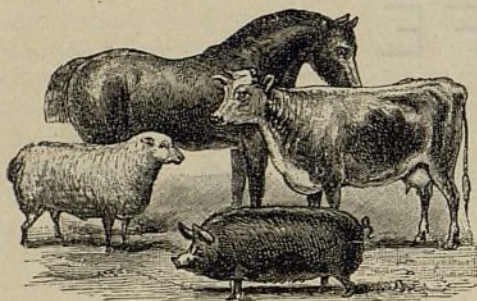
Almacén por mayor de Cartuchos de Escopeta y Tacos de todas las marcas más acreditadas.

Se suplica á los señores armeros no compren ninguno de estos artículos sin pedir precios y presupuestos á

Jesús Aramburu y Silva, de Getafe.

EXTRACTO QUÍMICO

DE LOS CÉLEBRES VETERINARIOS **DAY, SON & HEWITT**, DE LONDRES.



Esta afamada embrocación cura toda clase de cojeras en los **caballos**, dolores reumáticos, inflamaciones articulares, etc. — Siendo un poderoso resolutor y cicatrizante, cura toda clase de heridas, llagas, tumores, en **toda clase de ganado**.

El dolor reumático, Lumbago, Ciático, etcétera, **en las personas**, desaparece igualmente mediante fricciones de esta embrocación.

Para pedidos en grande y pequeña escala, dirigirse á los Agentes generales.

Únicos agentes en España: **ESCUBÓS Y OLIVERAS**.—Notariado, 8.—**BARCELONA**

TRATADO de las enfermedades de los perros Y SU CURACIÓN
de los célebres veterinarios ingleses **DAY, SON & HEWITT**, de Londres.
Se remitirá á quien lo solicite, mediante el envío de **una peseta** en sellos.
Dirigirse á **Escubós y Oliveras**, Notariado, 8, Barcelona.

El Montero de Extremadura.

CÍRCULO DE CAZADORES.

COMIDAS, CAFÉS Y HELADOS.
PLAZA.

Gran Bazar de Armas de Fuego.

MANUEL ARRIETA LIZARDI.

VILLAFRANCA DE LOS BARROS.

Gran surtido de armas de fuego de todas clases y precios.

Manuel Rodriguez.

Obispo y Arco, 3.—**MÉRIDA.**

Para-rayos, teléfonos, timbres, aparatos electro-medicinales é instalaciones eléctricas de todas clases.

También ofrezco al público un inmenso surtido en anzuelos para lobos y zorras; cepos para estos mismos animales, garduñas, tejones, etc., para águilas, halcones y azores, y franceses, llamados de llave, para cazar topes, ratas de agua, lagartos y culebras.

Destrucción de los Animales Dañosos.

Obra de gran utilidad para dueños de cotos, ganaderos, agricultores y toda persona que tenga intereses en el campo, escrita por D. Manuel Rodríguez y Rams (*Lupus*)

Se vende en la Administración de **EL MONTERO EXTREMEÑO**, á 1 peseta para los suscriptores y 1'25 para los que no lo son.

Imprenta y Encuadernación

DE

PLANO Y CORCHERO.

BASTIMENTOS, 2.

MÉRIDA.

En este establecimiento se hacen toda clase de trabajos concernientes al arte tipográfico, y en encuadernaciones desde rústica á terciopelo. Estampación tipográfica de música.

L'UNIÓN.

COMPANÍA FRANCESA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Á PRIMA FIJA

FUNDADA EN 1828,

RECONOCIDA EN ESPAÑA POR REAL ORDEN.

Capital social.	10.000,000	} pesetas.
Reservas.	79.295,157	
Total.	89.295,157	

AGENTE EN MÉRIDA:

Francisco Toribio Macías.

PUENTE, 14.

CONFITERÍA

DE

MANUEL GUTIERREZ.

PLAZA. 13.

Este acreditado establecimiento, el más antiguo de la provincia, pues cuenta 74 años de existencia, sigue sirviendo como siempre á su numerosa clientela á precios económicos.

Á LOS CAZADORES.

En la Administración de **EL MONTERO EXTREMEÑO** se ha recibido un grande y variado surtido en cartuchos de las mejores marcas y varios calibres sistemas Lefauchaux y Central, tacos superiores de cartón, fieltro, grasos é impermeables, cananas, cintos de caza, polainas, bolsas para cartuchos, chalecos con bolsas y tres bolsillos, porta escopetas, porta mantas, reclamos de perdíz y codorniz, collares para perros, vasos de campo con estuche, etc.

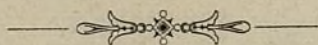
Todos estos artículos se venden en comisión á los precios de fábrica.

Además se reciben toda clase de encargos en armas y efectos de caza, siendo de cuenta de esta Administración su transporte hasta el punto que designen, si así lo desean los que utilicen nuestros servicios.

No olvidar que vendemos en comisión sin ganancia alguna.

Administración, Obispo y Arco, núm. 2.—**MÉRIDA**

PARA-RAYOS.



Los más modernos, los que han merecido elogios de las personas inteligentes, porque reúnen cuantas condiciones exigen la ciencia y la experiencia, son los de punta múltiplo-múltiples sistema Smín reformado.

Se construyen en esta casa á precios arreglados, igualmente que los de otros sistemas.

JOSÉ RAMOS LÓPEZ,

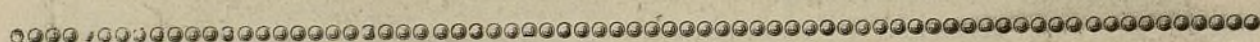
CARRANZA, 3 Y GALILEO, 56.

MADRID.

REPRESENTANTE EN LA PROVINCIA DE BADAJOZ:

DON MANUEL RODRIGUEZ.

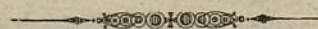
OBISPO Y ARCO, 3. MÉRIDA.



IMPRENTA Y ENCUADERNACIÓN

DE

PLANO Y CORCHERO



Bastimentos, 2.—Mérida.

En este establecimiento se hacen toda clase de trabajos tipográficos en negro y en colores, y en encuadernaciones desde rústica á terciopelo.

Estampación Tipográfica de Música.

Se reciben encargos de clisés estereotípicos para anuncios de periódicos, obras ó modelos permanentes, á precios convencionales, bien sea remitiéndonos el molde ó confeccionándolo en esta imprenta.

Los señores impresores se servirán al hacer los encargos, manifestar si los clisés han de ir montados en facetas de hierro ó sobre suelos de plomo ó madera, datos indispensables para dar precios.

PRONTITUD, ESMERO Y ECONOMÍA.

BASTIMENTOS, 2.ª MÉRIDA.